



www.loqueleo.com/co

La muda

© Del texto: 2010, Francisco Montaña

© De la ilustración de cubierta: 2017, Daniel Rabanal

© De las ilustraciones interiores: 2010, Daniel Rabanal

© De esta edición:

2017, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-18-5

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición en Loqueleo: mayo de 2017

Quinta reimpresión en Loqueleo: febrero de 2020

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Diseño de cubierta:

Sandra Restrepo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La muda

Francisco Montaña Ibáñez

Ilustraciones de Daniel Rabanal

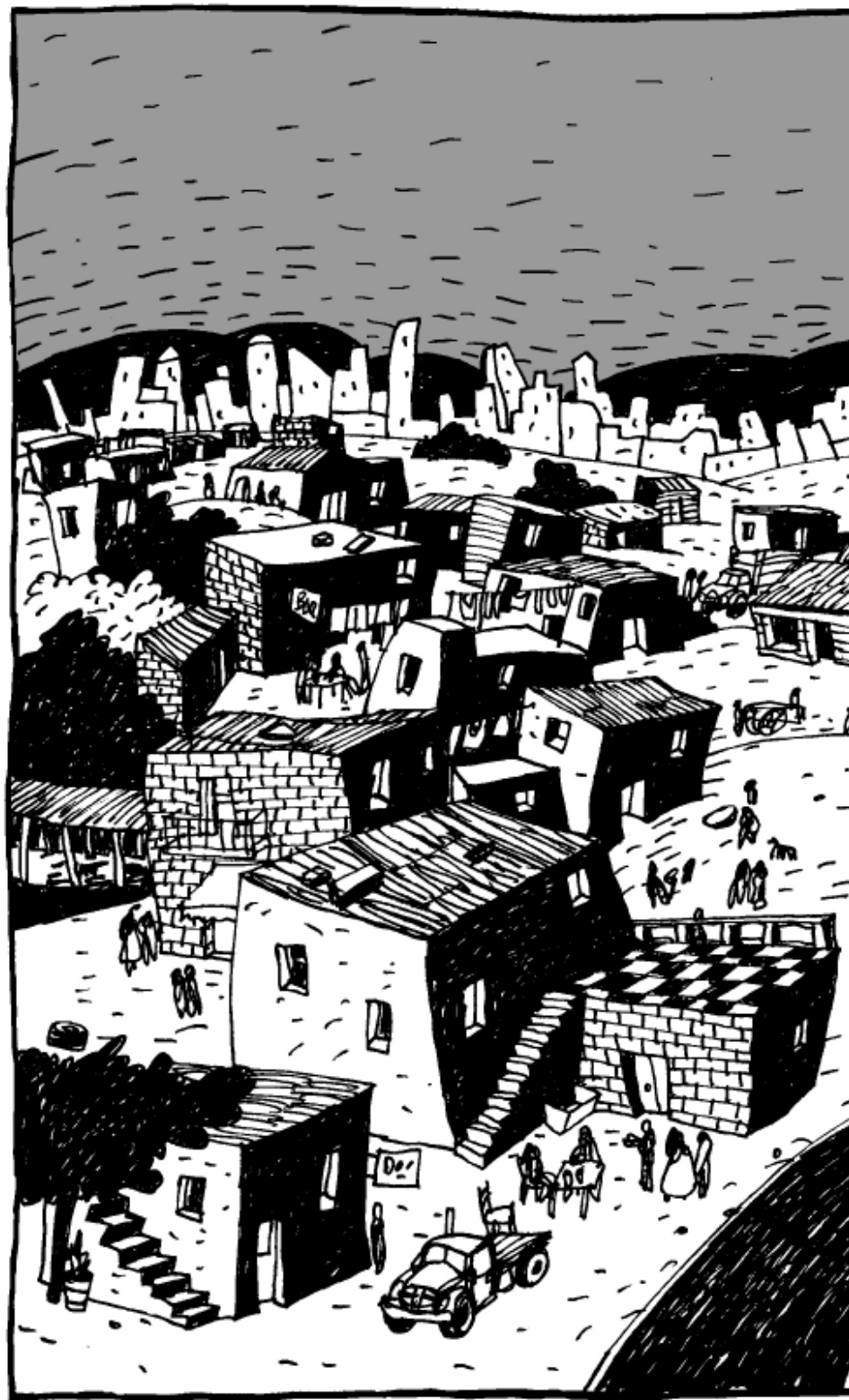
loqueleo

*Para Amparo y Rafael,
para Ana María, Alejandro y Santiago,
por la suerte.*

Al maestro Miyazaki.

*Es cierto,
hay que ser avaros con el dolor.*

La vorágine, José Eustasio Rivera





Parecía un punto oscuro en medio del verdor que rodeaba el lavadero. Sus movimientos agitados se los tragaba la distancia y se convertían apenas en pequeñas sacudidas acompañadas del golpe de mil barrigas aplastadas contra la piedra de lavar.

Envuelta en el olor un poco rancio del jabón de tierra se quitó el pelo que le caía sobre los ojos. Su antebrazo estaba cubierto con espuma de jabón y hacerlo le irritó los ojos. Se sopló el pelo y trató de quitarse el escozor con los hombros. No lo logró. El hombro estaba muy lejos del ojo. Pero para aliviarse se quedó un buen rato parpadeando y descubriendo esa forma curiosa que se desdibujaba a causa de la irritación y la distancia.

“¿Qué será?”, pensó y parpadeó de nuevo varias veces tratando de aclarar la imagen que la atraía hacia ese potrero. Una lágrima de alivio saltó de uno de sus ojos. Cambió el peso de una pierna a la otra y se dio cuenta de que el ardor casi la abandonaba por completo. Todavía tenía mucho que lavar y le dolían las manos. Parpadeó

nuevamente, sus ojos se aclararon un poco y vio cómo una rama verde salía por entre un montón de fierros.

—¡Apúrele! —oyó que le gritaban desde dentro de la casa. Seguro se dirigían a ella porque no había nadie más.

Dejó sus ojos un momento más sobre la parte superior de ese montón de fierros. Su mirada, acostumbrada a la intensidad de la luz, le permitió descubrir poco a poco las formas que se escondían en él. Descendiendo por la rama vio algo que le pareció ser la ventana de un carro.

14 Después de un tiempo, cuando terminó de lavar toda la ropa, casi no sentía las manos. Las tenía rojas como los ladrillos de las paredes contra las que se recostaba a descansar. Se bajó del cajón que le ayudaba a alcanzar el lavadero y caminó despacio hasta la puerta de la cocina.

Había llenado siete cuerdas con ropa que se sostenía atrapada por los dientes de los ganchos. Miró hacia atrás y solo vio las formas de las prendas colgadas escurriendo agua.

Así había pintado ella las bandadas de pájaros en los dibujos que hacía en el colegio.

Trató de ver más allá, pero la ondulación de la ropa secándose se lo impidió. Tras ella, en el potrero, seguro estaba esa rama que se asomaba por la ventanilla.

Se agachó. Las nalgas tocaron sus talones. Puso la cara entre las manos y miró hacia allá por debajo de las oleadas de ropa.

La luz había bajado, los ojos ya no le ardían. Pero solo veía una parte. La rama y la ventana quedaban escondidas desde ese punto de vista. Alcanzó a distinguir el pasto

que las cubría casi por completo y un destello repentino, como un golpe de espejo, deslumbró sus ojos.

Parpadeó nuevamente queriendo entender de qué se había tratado. Ese montón de fierros que descubrió como una forma hecha casi por completo de pasto continuaba impasible, como si la esperara en el centro de ese potrero.

Se levantó y se asomó a la cocina. Sobre la mesa había un plato con un pan y una taza de chocolate. Lo probó. Estaba aguado y tibio, unas pocas burbujas tornasoladas flotaban contra los bordes pero sentir algo en el estómago la reconfortó. El pan era tan grande como dos manos suyas. Lo supo porque lo midió. Tomó otro sorbo del chocolate y mordió el pan. La corteza brillante era muy lisa. Su lengua la repasó mientras esperaba que la masa se mojara dentro de su boca para masticarla. Mordió otro pedazo y el pan se aplastó en el extremo. Masticó despacio y terminó de aplanarlo con las dos manos.

—¿Terminó? —le gritaron de nuevo.

La cocina estaba en penumbra. Olía a trapo sucio. Habría querido salir de allí lo más pronto posible, pero tenía una duda. Negó con la cabeza y sorbió de nuevo el chocolate. Mordió otro pedazo de pan y lo masticó despacio, tan despacio como pudo. Cuando tragó estuvo segura de que ni siquiera diez panes como ese le quitarían el hambre de todos esos perros que tenía.

Se terminó el chocolate de un solo sorbo. La catara-ta de líquido inesperado abriéndose paso le maltrató la tráquea. Contuvo la tos como pudo y dejó la taza sobre la mesa. Aplanó completamente el pan con las dos manos.

Lo dobló como si fuera una hoja de papel y se lo metió en el bolsillo del delantal.

—¡Devuelva eso! —le gritaron y una mano enorme atrapó el pan doblado en el fondo del bolsillo—. ¡Además de todo salió ladrona! ¡De aquí no se lleva nada! ¿Entendió?

Ella bajó los ojos. La superficie grasosa de la mesa entretenía a una mosca.

—¿Entendió? —le gritó la voz de nuevo—. ¡Y se va ya para su casa! ¡La espero el martes!

16 La niña miró a la que le había quitado el pan con cierto descaro.

—Dígale a la vieja que después le mando la plata —gruñó.

La niña vio la mosca limpiándose las patas. Casi alcanzó a distinguir los múltiples puntitos que formaban los ojos del insecto. Todavía quedaba un pequeño sorbo de chocolate. Estiró la mano para tomar la taza, pero no tuvo tiempo de hacerlo

—¡Y que no la vean por ahí callejeando! —le gritaron y la levantaron en vilo de su asiento.

A empujones la hicieron atravesar la sala y en el portón la enviaron a la calle de un golpe.

Ahí, el sol de la tarde la obligó a detenerse un momento mientras sus pupilas se acostumbraban a la intensidad. Cuando pudo caminar estuvo segura de que no podría desviarse ni un solo instante hacia ese potrero donde estaba la masa que tanto la intrigaba.

Podía sentir la mirada de la mujer clavada sobre su espalda. La seguía como si fuera un bruja invisible que volara

sobre las calles. De pronto lo era. Esta vez tenía que obedecer. Pero cuando su conjuro de nube funcionara, ya verían todos.

~

Cuando no se piensa mucho es más fácil. Las cosas se suceden frente a los ojos y parece innecesario detenerse sobre ellas a explicarlas, como si uno no fuera un humano que mira y se pregunta y busca respuestas a sus preguntas, sino una cosa más que se encuentra entre las cosas.

17

Eso le ocurría casi todos los días, salvo aquellos cuando veía a su mamá.

—Buenas —la saludó ella con el pelo agarrado en una moña y detuvo un instante la mirada en la cabeza opaca de la niña—. ¿Dónde está? —le preguntó directamente. La niña indicó con un gesto el cuarto del fondo.

La mamá se dio la vuelta y le regaló la imagen de su pelo negro y apretado contra la nuca. Caminó hacia esa puerta envuelta en la niebla. Mujer de niebla. Polvo revoloteando, luz escasa en esa casa oscura.

Pensó en una mariposa oscura. En los ojos enormes que simulaba tener en las alas. Así se convertía en un monstruo cuando en realidad no era nada más que un insecto. Insecto delicado. Era un buen truco. A ella no le daban miedo. En cambio a su hermano le producían pánico. Y a la abuela también. La abuela decía que odiaba a los insectos. No sabía qué pensaría su mamá. Solo la veía alejándose de su lado, avanzar con su moña muy despacio hacia

la puerta de esa habitación; cumplía la pesada ceremonia envuelta en la bruma polvorienta de la casa.

La pequeña madre atravesó la puerta, desató un rayo intenso de luz colorada por el atardecer que la encegució y desapareció de su vista.

Entonces, la niña soltó los puños que había tenido apretados sin darse cuenta y pudo relajar los hombros y desenroscar los dedos de los pies.

18

A su lado, ajeno a todo lo que sucedía, estaba su hermano jugando con un palo que transitaba por el espacio. Nave espacial flotando en el aire sostenido por el brazo. Nave espacial de madera y sudor de mano pequeña.

Suspiró, tomó de nuevo la plancha y se dispuso a continuar arreglando el resto de ropa que esperaba.

—¡Vieja tacaña! —oyó el grito dentro de la habitación.

Sonaron más cosas. Muebles arrastrados. Gemidos, como el que se escapa de su cuerpo cuando se empuja para alcanzar algo que está muy alto. Otro grito. Un insulto. Un chillido.

Miró a su hermano. Ahí estaba. Con el palo detenido en el aire mirando la puerta envuelta en la misma sustancia y volvió a repasar la manga de la camisa hasta que estuvo completamente lisa y brillante.

Le gustaba el olor de la ropa planchada. Le dio la vuelta a la camisa y repasó el cuello.

—¡Pues se los lleva! ¡Lléveselos de mi casa! ¡Son sus hijos! —gritó la vieja rasgándose la garganta, su voz era la esclusa abierta de un torrente que se movilizaba por

debajo de las cosas y surgía al fin en la punta de una montaña aguda y verde; su filo eran esas palabras: “¡Se los lleva!”. Un filo que no terminaba de cortar, pero que se sostenía sobre ellos como una guillotina invisible, como una bruja afilada que solo se deja ver cuando el miedo empieza a retroceder: para que no olvides que aquí están mis uñas, mis cuchillos, mis dientes que van a destrozarte tu carne, no lo olvides.

—¿Y a dónde quiere que me los lleve? ¡Usted al fin y al cabo es la abuela!

—¡Y usted la mamá! —chilló la vieja.

—Pues échelos si es que tanto le estorban —gritó ella y su alarido atravesó el estómago de la niña.

La bruja sonriendo.

No era hambre lo que sentía. Era un vacío distinto. El mismo vacío que sentía cada vez que ella venía, con su pelo agarrado en una moña, cada dos o tres semanas a gritarse con la abuela. Siempre las mismas cosas que la dejaban al borde de una sombra espesa.

Era más fácil no pensar. Hacer de cuenta que era una cosa más que puede mover cosas. Y eso hizo mientras terminaba de planchar y oscurecía por completo.

